



**“La cultura del monte
en el este Catamarqueño”**

Ruth Corcuera

LA CULTURA DEL MONTE EN EL ESTE CATAMARQUEÑO

Ruth Corcuera

Hacia el primer centenario, aun quedaban en la República Argentina zonas rurales muy aisladas.

Desde las primeras crónicas sabemos que el este catamarqueño fue poblado por conquistadores que llegaron a Santiago del Estero. De allí partieron las familias que fueron beneficiadas con las Mercedes, que les otorgaban las tierras hasta donde les alcanzara la vista. Lejos se encontraban utopías y fáciles riquezas....

Debieron superar, no solo el desconocimiento de la flora y de la fauna de un medio desconocido, sino una fuerte resistencia de los indígenas. La posesión del agua y el acceso a los bienes naturales que ofrecía el monte, fueron causas fundamentales en las guerras calchaquíes. Terminadas estas cruentas guerras, los indígenas dueños de esos montes se retiraron.

Dentro del amplio espectro de las artes populares hacia el primer centenario en la zona del noroeste argentino, señalaremos en este artículo una de las expresiones que atraviesa la historia de la provincia de Catamarca: el arte del algodón.

La reivindicación de las pertenencias culturales nos indica que los tejidos de materiales muy diversos son parte de nuestro patrimonio. Los elementos fácilmente transportables, como es el caso de los textiles, evidencian identidades y a la vez contactos entre grupos humanos diversos.

El textil no sólo es abrigo, es parte del ornamento, es calidez y presencia cultural. Revindicar materiales tradicionales de nuestro continente sería solo búsquedas de curiosidades arqueológicas o etnográficas si no fuese que nuestra intención es señalar las capacidades que se tuvieron para observar el medio circundante o quizás la habilidad para la incorporación de materiales lejanos. El panorama cultural de esta provincia confirma que su geografía la sitúa como zona de complementariedad e intercambio entre las forestas con sus innumerables fibras y la

calidez de las lanas andinas¹. A lo largo de la historia de Catamarca se hiló el algodón, el copo del fruto del palo borracho, la seda silvestre, la seda del gusano de morera, el pelo de los prestigiosos camélidos y con la llegada europea, lana de oveja.

El reencuentro con un arte que se está perdiendo, como es el del algodón trabajado en telar, creemos que es digno de atención, más aún cuando tuvimos conocimiento de los esfuerzos que algunos habitantes del lugar, o bien extranjeros que se identificaron con estas tierras, se esforzaron para que las habilidades en el manejo de este material no palidiera. Sin embargo, consideramos que a partir de la declinación de la vida rural y del abandono de los oficios, fue lentamente quedando en el olvido como otros productos salidos del telar criollo. Las particularidades de los camélidos, vicuña, llama, alpaca y guanaco, su finura y exotismo, generaron una admiración que excede lo nacional y les ha permitido permanecer vigentes. Con respecto a estos camélidos nos hemos referido en otros trabajos, exaltando sus virtudes².

Sin embargo al arte del algodón no se lo identifica como tradicionalmente americano, es probable que esto suceda por desconocimiento de su pasado precolombino, puesto que las informaciones que hasta hoy poseemos nos la proporciona la historia y ésta, hasta ahora, indica un origen europeo.

Nostalgias del algodón blanco

Testimonio del origen de las semillas de algodón en la antigua Gobernación del Tucumán pueden encontrarse en documentos del siglo XVI. Siguiendo al investigador Roberto Levillier podemos conocer las inquietudes de los primeros habitantes, quienes vivían rústicamente con gran ausencia de asistencia espiritual y material.

Corroborar lo expresado el informe de Juan Cano, alcalde de Santiago del Estero, cuando manifestó que: "venido el sacerdote [de Chile] e trayéndose las plantas e semillas de algodón que tiene dicho, los españoles se quietaron mucho más en la tierra, e se dieron a sembrar el dicho algodón e a plantar viñas, higueras e otros árboles fructíferos, se fue trayendo ganado del Perú, e se dieron a criar, y se empezó

¹ Ver el trabajo de José A. PÉREZ GOLLÁN acerca del tráfico caravanero y los consiguientes intercambios entre la Puna y el Chaco.

² Corcuera, Ruth, Herencia Textil Andina, Dupont, Bs.As., 1987 y Ponchos de las Tierras del Plata, Fondo Nacional de las Artes, Bs. As., 2000.

a comunicar esta tierra con Chile y el Perú, y se fue sustentando esta ciudad" (Levillier 1920, 184).

De estos documentos se desprende que no tenían acceso al algodón silvestre, cuya presencia en nuestro continente se encuentra documentada por la arqueología. Un cuarto de siglo más tarde, la gobernación del Tucumán se convertía en una fuerte productora de algodón y desde entonces, esta producción no cesó aunque con altibajos hasta el siglo XX.

En los inicios de ese siglo comenzó a vislumbrarse el abandono del tejido de algodón en telar. Prueba de ello son los esfuerzos que se hicieron desde las primeras décadas para recrear aquella industria.

La subestimación de los oficios es histórica. Roberto J. Levillier, indagando acerca de la psicología de los conquistadores y de los pobladores que los siguieron, señalaba como premisa común a ellos: "ambicionar ser todo menos labriego", razón por la cual el trabajo manual quedaba fuera de sus objetivos. Pero en América, no todos fueron favorecidos por las minas de plata, como aquellas de Potosí, o por los grandes cañaverales. Nuestras tierras debieron ser "arañadas" para conseguir el agua para un molino de harina o para acelerar el proceso del tejido. Sin contar que sequías o pestes fueron comunes en esta historia.

Es Levillier, una vez más, quien señaló que "estábamos signados para el trabajo, para el esfuerzo" y fue el algodón y el esfuerzo para conseguirlo, uno de los hechos que nos marcó por siglos. Nuestros antepasados, cuando no podían disponer de mano de obra indígena, la que en Catamarca fue escasa luego de las grandes rebeliones (1630-1633 y 1658-1666), debieron acudir a la mano de obra esclava o a soluciones menos costosas. Así fue como numerosas familias recurrieron a "conchabados" o a miembros de sus extensas redes para poder subsistir.

La provincia estaba marcada por un hecho que incidió en el desarrollo de la industria familiar del tejido de algodón: la dificultad para obtener los "géneros de Castilla", es decir los llegados del exterior, debido a su aislamiento geográfico. Tal como lo relata Armando Bazán:

"La ubicación marginal de Catamarca y La Rioja, respecto del camino real que iba de Buenos Aires al Perú, creaba a sus vecinos una sensible desventaja para el

aprovisionamiento de indumentaria importada de España, herramientas de labranza y otros objetos, que llegaban en los navíos de registro autorizados por el Rey para beneficio de las provincias. Los precios de las telas y paños de extranjería eran carísimos, y las herramientas de hierro se vendían a un peso la libra. Por este y otros motivos, el Cabildo catamarqueño hizo una presentación al rey Carlos II exponiendo la situación desventajosa de Catamarca y La Rioja en el ámbito del Tucumán. Eso sucedió el primero de diciembre de 1692.

Entre otras quejas, mencionaban los cabildantes, el excesivo precio de telas y paños de extranjería y de labranza. Así "quedamos desnudos", decían los denunciadores y "teniendo que cultivar los campos con azadones de palo" (Bazán, 1999, 71).

Pero el tejido no fue considerado una labor "denigrante", sino un recurso más dentro de la vida cotidiana de la sociedad criolla. "No existía casa ni rancho donde no hubiese un telar" en el siglo XVII (Bazán, 1999).

El algodón precolombino

No obstante carecer de evidencias arqueológicas de algodón precolombino en Catamarca, contamos con datos que nos permiten suponer su existencia. El algodón es muy antiguo en el continente americano y se halla ampliamente documentada su presencia en los yacimientos arqueológicos de la costa peruana (3.000 A.C). De manera tal que el investigador Federico Engel consideró el algodón como elemento que permite reconocer períodos arqueológicos. De acuerdo con ello, estableció un período pre-cerámico sin algodón y otro con algodón. La domesticación habría ocurrido durante el transcurso del tercer milenio antes de Cristo y las últimas investigaciones dan cada vez cifras más tempranas respecto de su origen. Se conocen cuatro especies cultivadas, dos de ellas (*Gossypium arboreum* y *Gossypium herbaceum*) son originarias del viejo mundo, y las otras dos (*Gossypium hirsutum* y *Gossypium barbadense*) son del nuevo mundo.

"El origen de los algodones del nuevo mundo ha sido un asunto de mucho interés para los genetistas, desde que ellos han descubierto que estas dos especies de *Gossypium* del nuevo mundo son haloploidias (Corcuera 1987, 20). Es decir, ellas son híbridas resultantes de una suma del número de cromosomas de un algodón cultivado en Asia y un algodón silvestre del nuevo mundo. La tendencia parece ser considerar que hubo una fusión entre una planta silvestre peruana (*Gossypium*

raimondi) o un ancestro similar y uno asiático cultivado, probablemente el *Gossypium arboreum*. Entretanto no es posible postular ninguna hipótesis de valor en relación al problema.

Con el pasar del tiempo, el algodón, por su flexibilidad, fue reemplazando a las fibras rígidas y semirrígidas, usadas hasta entonces, apareciendo técnicas que habían tenido su campo de ensayo en la cestería, "las telas con técnicas como entrelazado y anillado superan por su flexibilidad a las fibras usadas anteriormente y aparece el *Gossypium barbadense peruvianum* (Engel, 1957,101).

La especie *Gossypium barbadense* es típicamente americana y se halla en los valles andinos, desde Colombia hasta Bolivia, "superponiéndose aproximadamente al área ocupada por las altas culturas precolombinas" (Carnevali 1970, 280).

Sabemos que el algodón era conocido y ampliamente utilizado en el imperio Inca que, como cultura pan-andina, lo trasladó por sus dominios. Por el momento, no contamos con mayores datos que nos permitan elaborar una hipótesis más acabada respecto de la existencia del algodón precolombino en Catamarca. Sin embargo, gracias a diversos trabajos arqueológicos realizados en la provincia de San Juan, vecina culturalmente, verificamos su presencia en esa región³.

En el siglo XIX, en su obra *Calchaquí*, Adán Quiroga se refiere a la vestimenta de los antiguos catamarqueños, rescatando la presencia de algodón en sus travesías:

"Por el examen minucioso de las telas halladas por mí en Pomán, Tinogasta, Belén, Santa María y Valles Calchaquíes, he llegado a la conclusión de que la materia prima de las telas son del siguiente material, en el orden de numeración: de lana de llama, de guanaco, de vicuña, de algodón, de lana de alpaca y de oveja, esta última del tiempo de la colonia, como es natural. El algodón que constituía una gran industria en Catamarca calchaquí y colonial era una materia prima de la mayor importancia" (Quiroga 1992, 455-456).

³ MICHELI, Catalina Teresa: "Textilería de la Fase Punta del Barro", en M. Cambier, *La Fase Cultural Punta del Barro*, pág. 141-188. Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo Universidad de San Juan. P. 143 y 170 menciona hilo de lana con alma de algodón y un hilo 4 cabos de algodón en Basurero Norte Pág. 123:2 fechados de Basurero Norte: 320 +-60 +-DC y 410 +-DC . 1988 *Textilería Incaica en la Pcia. de San Juan*. Los ajueres de los Cerros Mercedario, Toro y Tambillos. Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo Universidad de San Juan. San Juan. En pág. 30 menciona uso de algodón en ajuar del Cerro El Toro.

Alen Lascano afirma que la gobernación del Tucumán, antigua Tucma, conocía y tributaba algodón a partir de la dominación del incario y, siguiendo a Garcilaso de la Vega, sostiene que fue durante el reinado de Viracocha que:

“curacas y lenguaraces concretaron un sometimiento pacífico, haciendo ver las excelencias y hazañas de los Incas, tras lo cual, en calidad de presentes, mandaron embajada al Cuzco con mucha ropa de algodón, mucha miel muy buena, cera y otras mieses y legumbres de aquella tierra que de todas ellas trajeron parte, para que en todas ellas se tomase la posesión; no trajeron oro ni plata porque no la tenían los indios”, (en Alem Lascano, 1992:33).

Durante el incario los entierros de altura son demostrativos de uso de algodón, aparecen así prendas con este material entre otras montañas en el Aconcagua y el Lullaillaco.

Los Jesuitas que nos han dejado una información muy amplia acerca de la naturaleza de este continente, registraron la presencia del algodón silvestre. Entre ellos debemos nombrar a Sánchez Labrador, quien lo menciona como existente en el campo paraguayo cuando realizaba un viaje desde la misión de Belén -sesenta leguas al norte de Asunción- a Chiquitos y expresó que los indígenas guaycurues llamaban gota- mingo al algodón silvestre (Sánchez Labrador, 1910).

La altura de esta planta nativa y la rapidez de su crecimiento la hacía fácil de recoger, su fibra era suave y por lo tanto sus telas no eran bastas. Sánchez Labrador nos da otros datos: eran las mujeres quienes lo hilaban mientras que los hombres lo tejían.

Este conocimiento de la Compañía respecto de las bondades del algodón silvestre nos lleva a preguntarnos si también contaban con información acerca de su existencia en Catamarca antes de fundar las haciendas de Alpatauca, Santa Rosa y Desmonte⁴.

A comienzos del siglo XVI, numerosos guaraníes salieron del Paraguay hacia el oriente boliviano y, a fines del siglo XVII alcanzaron Orán y sojuzgaron a los chans del Alto Pilcomayo. Naturalistas como Tadeo Hanke, hacia fines del siglo XVIII y Alcides D'Orbigny, en el siglo XIX, en sus recorridos por aquellos lugares señalaron la

⁴ Corcuera, 2000.

presencia del algodón salvaje. “Es posible suponer que aquellos guaraníes conocidos como chiriguano fueron difusores del barbadense típico de semillas arriñonadas que actualmente vegetan el noreste boliviano hasta Salta y Formosa” (Carnevali 1970, 283). Los temidos chiriguano conocieron el algodón pero quizás su ferocidad hizo que, tanto los misioneros como los españoles establecidos tempranamente en Tarija, Orán y Salta, no se apropiaran del conocimiento de ese recurso. Estamos inclinados a creer que una barrera cultural pareció relegarlo al olvido.

En cuanto a la producción local, Catamarca junto con las misiones guaraníes, fue una zona productora de lienzos y de ponchos de algodón. La producción de algodón de las haciendas catamarqueñas era importante y sus excedentes se dirigían a los Colegios de Córdoba, Buenos Aires y Santa Fe. En Catamarca, las estancias jesuíticas no compitieron con los tejidos producidos tradicionalmente con lana de camélidos por los grupos familiares.

En aquellos siglos el abastecimiento del algodón se logró en torno de tres focos de producción: Cochabamba, Catamarca y las Misiones. En los dos primeros se producían los llamados tocuyos, lienzos de diferentes calidades. Los lienzos catamarqueños eran más pequeños que los de las misiones, por lo general de cinco, diez o quince varas, debido a que se trataba de telares criollos más pequeños y primitivos.

Preguntarnos acerca de la pervivencia del algodón precolombino exige conocer las posibles facilidades ambientales de ciertos lugares para que ello se dé. Aún lo hallamos en las llanuras bajas, que hoy pertenecen al Departamento del Beni (Bolivia), en donde se recogen las aguas del llano oriental.

Anuales inundaciones cubren los campos que hace siglos eran recorridos por tribus que surcaban los senderos selváticos y se desplazaban por los ríos que bajan de las regiones andinas. El algodón silvestre está unido al panorama étnico cultural del oriente salteño y noroeste de Formosa. Hoy está refugiado entre las malezas del monte.

Recobrando la memoria: el algodón de colores

El algodón precolombino, que presenta diferentes colores en su forma natural, hoy es objeto no sólo de interés científico como parte del patrimonio americano, sino que alienta objetivos económicos. Así es como el algodón de color, amarillo y de diferentes tonos del beige al castaño, grises, azules y liláceos, se están cultivando en zonas cálidas del Perú, en los Valles del Huallaga.⁵ Estos algodones de colores, que también se encuentran en Centro América en forma natural, aun son utilizados para la confección de kushmas, camisas, en la comunidad indígena Ashanika, en la selva peruana. El algodón pigmentado que utilizan es completamente natural. James Vreeland, un arqueólogo atraído por este tema, observó que en Huanchaco en las cercanías de la ciudad de Trujillo (Perú) desde épocas muy antiguas, los pescadores fabrican sus redes con algodón amarronado que se mimetiza con el color del mar, facilitando así su tarea. Este arqueólogo, en sus recorridos por las serranías peruanas, identificó setecientas variedades de algodón nativo. Estas investigaciones actualmente están unidas a la producción de ropa con este rico material.

En los jardines de Asunción del Paraguay, las plantas que dan capullos de colores, productos de paciencia y jardinería, son orgullo de las propietarias⁶.

El algodón: moneda y ropa de prestigio

Como hemos señalado con anterioridad, durante todo el periodo virreinal, el algodón representó para la región de Catamarca un recurso de primera importancia. Alen Lescano de acuerdo a un documento de 1585, señala que cuando se distribuyeron las primeras encomiendas entre los antiguos pueblos indígenas de la gobernación del Tucumán, aparecieron como tributos de ellos "ropas y lienzos, alpargatas y calcetas y otras telas que todo se hace de algodón" (Alen Lescano, 1992: 77). La difusión de la "ropa de la tierra" era extensiva en zonas donde los "géneros de Castilla" resultaban extremadamente caros debido a los fletes. En aquellas regiones la mayoría de la población era "gente de mantas y camiseta" (Alen Lescano, 78). La habilidad estaba instalada y si el acceso al material era posible, frente a la carencia de metálico era natural que se estableciese como moneda. Así, el Cabildo de Catamarca sostenía en 1684 que el algodón era la mejor moneda de la ciudad. Se saldaban las cuentas con algodón como moneda corriente.

⁵ Especial report the peruvian Textil Sector goes ecological, september, 1994

⁶ Comunicación personal del prof. Pastor Arena.

Respecto de la importancia del comercio del algodón, en Ponchos de la Tierra del Plata, nos hemos ocupado de describirlo con mayor profundidad.

En el siglo XVIII se presentaron nuevas situaciones concernientes a la producción del algodón asentado entre nosotros. A mitad de ese siglo la competencia de las cotonías estampadas de Barcelona y la lenta introducción de algodones ingleses por contrabando se fue haciendo notar. Pero en esos primeros siglos de vida de los europeos en tierra americana, así como no estaba dentro de los objetivos ser labriego y, pese a ello muchos tuvieron que serlo, tampoco estaba vestir "a lo labriego". Si se llegó a tal auge de la ropa de la tierra fue por necesidad o por costumbre, puesto que entonces, como lo fue siempre, la ropa también era imagen de la condición social. En la Gobernación del Tucumán como en otros lugares de Hispanoamérica, podemos advertir que existió una *estética encomendera*. Aquellos que podían económicamente dar imagen de su poder se vestían con telas importadas. Los documentos nos lo revelan y la esposa del gobernador Ramírez de Velazco bien lo supo, doña Catalina Ugarte con sus trajes de brocato aparece como uno de los puntos de fricción entre este gobernador y sus súbditos a fines del siglo XVI. Para estos españoles, la ropa del basto algodón era para confeccionar los lienzos de sábanas, manteles, ropas de uso cotidiano y todo aquello que no entraba en el juego de las apariencias.

El cultivo del algodón y la fabricación de piezas no fue ajeno al interés de los funcionarios que vivían en estas tierras. Prueba de ello es el informe del gobernador Riglos a fines del siglo XVIII. Riglos envía desde Moxos al Virrey del Río de la Plata muestra de la producción confeccionada por indígenas a partir del algodón americano conforme al gusto europeo⁷. Los conflictos nacían debido a las directivas de la metrópoli influenciadas por los intereses económicos que allí se daban respecto de América.

A comienzos del siglo XIX, tenemos un panorama de profundas diferencias entre la vida urbana y la campaña. En el mundo rural la producción era de carácter familiar y cuando tenía algún excedente iba a mano de los intermediarios, los "tratantes", o bien a ser intercambiados por yerba, velas, etc. Por entonces fue que el

⁷ Asociación Lucha para la Parálisis Infantil.

algodón comenzaba a languidecer; el Virrey Sobremonte fue uno de los funcionarios de la Corona que alentó la fabricación algodonera y señaló que la falta de agua para riego era uno de los principales obstáculos a los que se enfrentaban las actuales provincias del noroeste para hacer redituable esa producción.

El cultivo del algodón y su manufactura también estuvo en el pensamiento de los hombres de Mayo. Poco antes de producirse a Revolución Hipólito Vieytes manifestaba en el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* (1802-1807) la necesidad de incentivar la producción agrícola. Preocupaciones similares expresaba Manuel Belgrano en el *Correo de Comercio* (1810-1811) señalando las posibilidades textiles de diversas regiones, tales como la explotación del chaguar y otras fibras de zonas cálidas. Belgrano promovía la educación, la agricultura y la dedicación al trabajo como la mejor vía para combatir la desidia, por él considerada como el mayor de los males y advertía y advertía acerca de la falta de aprovechamiento de los recursos naturales. Los conceptos que hoy manejamos como el de la ecología, nueva ciencia, se hallan en la obra de Manuel Belgrano. Entre sus preocupaciones se encontraba el del poco aprovechamiento del algodón silvestre y señalaba con asombro que pese a su existencia en la frontera norte de Jujuy, se abastecían comprándolo al Valle de Catamarca a cuatro pesos la arroba, en lugar de explotar el existente. Belgrano no sólo expresaba reconocimiento por la producción, sino que también se interesó por crear escuelas de hilado de algodón, tomando como ejemplo las de "lencería y de hilo" en Galicia y en el principado de Asturias.

La Independencia tuvo para aquel sistema un cambio geopolítico. Hasta entonces se dependía fundamentalmente de los circuitos económicos que tenían dos metas, hacia el norte, Bolivia, el Alto Perú, y hacia el Sur la salida al Pacífico. Consideramos que el desarrollo de las minas de cobre de Chile en el siglo XIX fue el único tamo vigente dentro de la ruptura de los dos sistemas de intercambio a lo largo del milenio.

Durante las guerras de la Independencia y el periodo de anarquía siguiente, las extensiones de cultivo algodoneros se redujeron significativamente, sin embargo no sucedió lo mismo con el arte del tejido puesto que, en plena época de turbulencia se llevó a cabo el primer envío a una exposición internacional. Partieron las muestras a Inglaterra. En la Exposición Internacional de Londres Catamarca obtuvo el primer premio por tejido de algodón y lana "al estilo Calchaquí". Clemente Onelli en su obra

Alfombras, tapices y tejidos criollos, señaló que, desde el año 1840 a 1865, en las exposiciones de Londres los algodones Catamarqueños recibieron el 1º Premio y lo mismo ocurrió en las sucesivas exposiciones. El algodón catamarqueño tuvo altas distinciones, particularmente el que provenía de los Departamentos de Piedra Blanca (hoy Fray Mamerto Esquiú), Belén y Andalgalá.

Sin embargo, hacia 1862 las hectáreas dedicadas al cultivo llegaban solo a cincuenta y, a fines del siglo XIX en un resurgimiento breve alcanzó a ochocientas setenta y nueve hectáreas.

Víctor Martín de Moussy en su *Descripción geográfica y estadística de la República Argentina* publicada en París en 1864, se refirió brevemente a la industrias catamarqueñas diciendo que: "...en cuanto a la pequeña industria local ha progresado y se asemeja a la de Tucumán (...) se tejen todavía algunas telas de calidad de lana, telas con puntillas, paños para ponchos, aperos de caballos, se fabrican muy buenas mantas cortas (medias, mantas, chalinas, etc) en lana y algodón; se cortan y tiñen los pellones; se curten los cueros, en fin se hacen magníficos bordados (...) Generalmente todos estos objetos salen de manos de las mujeres, que son activas y fuertemente laboriosas". (Argerich, 1995, 106).

Hacia fines de 1913, José Alsina Alcobert, experto ya en telares, tinturas y diseños de algodón, lanas y sedas, llega a la Argentina desde Barcelona junto con su padre y su hermano. Barcelona era uno de los centros industriales en el área textil más desarrollados en Europa instalado en Catamarca que ya poseía desde 1910 la escuela de Artes y Oficios, pone en funcionamiento un taller particular conocido como "Tejedurías Calchaquíes", donde no solo se producían productos de pelo de vicuña, pelo de guanaco, lana, seda y algodón, sino también se llevaba a cabo la enseñanza de tejidos antiguos y modernos. Todo se realizaba con materias primas y mano de obra local instruida por él para el trabajo en telares manuales y automáticos, máquinas de hilar, devanadoras, tomas, lisos, lanzaderas, urdidoras, hilos y anilinas. Así, a través de su taller, entró en contacto con gran cantidad de tejedoras caseras, convirtiéndose en asesor y defensor de los productores del interior, especialmente en textiles, y en promotor de los temas y motivos locales en la mayor parte de los trabajos.

La llegada de Alsina Alcobert coincide con un deseo de progreso y renovación en la sociedad. La llegada del ferrocarril (1868, periodo sarmientino) trae nuevas expectativas. La influencia del pasaje de la línea ferroviaria por la provincia de Córdoba acerca el arte popular de Quilino a los pobladores catamarqueños, así se difundieron canastillos y pantallas construidas con paja de trigo y plumas coloridas.

En el siglo XIX este noroeste comienza a preguntarse el destino de su cultura y entre ellas, las de las artes populares. El planteo de Ricardo Rojas en su Restauración Nacionalista y la llamada Generación del Centenario de Tucumán juegan un papel fundamental en la defensa de estas artes.

Catamarca: artes y oficios

El siglo XX con respecto al arte americano, atrajo hacia el tema textil tomas de posición que poseen incluso perfil político. Respecto de sus objetivos las Escuelas de Artes y Oficios que empezaron a crearse habían nacido del temor por la “desvirtuación de la identidad nacional a causa de las corrientes inmigratorias”. Pensamiento compartido por numerosos hombres de la época.

Cuando se crearon las escuelas de Artes y Oficios tuvieron entre otros propósitos no solo el de ofrecer una fuente de trabajo, sino la formación integral. Se trató, en el siglo XX de dignificar a hombres y mujeres mediante una actividad que no los alejara del material que estaba en su propia historia y además proporcionarles un recurso económico.

Una de las particularidades de aquel modo de encarar la enseñanza residía en considerar los saberes propios con los que contaban, algo que puede resultar obvio en la actualidad pero que, sin embargo, durante décadas se intentó desterrar. Quienes por nuestra disciplina trabajamos frecuentemente con personas analfabetas sabemos que de ninguna manera el analfabetismo es sinónimo de ignorancia⁸.

Si la escuela tiene por propósito educar y no solo instruir, los saberes que debe contemplar no son solo aquellos que conforman la currícula de lo que se conoce como

⁸ CORCUERA, Ruth y M.C. DASSO “Arte y persistencia. Reencuentro con la estética de la alteridad” mimeo 2001, y CORCUERA, Ruth y M.C. DASSO “Globalización y mujer” en: Archideo, L (ed.) Epistemología de las Ciencias Sociales. La globalización, CIAFIC, Bs.As. 2001, pp 181-218.

educación sistemática y formal, sino todos los que comprenden y explican el universo de ideas: la oralidad, el diálogo con los mayores, la construcción del relato, la imaginación y la capacidad creativa, el mundo del diseño y colores, la habilidad del manejo de fibras e instrumentos y, lo que es aun más importante, la concepción del tiempo, las “canciones y las plegarias”. Recuperar el arte del algodón en telar posibilitaría no solo la adquisición de un oficio y su consecuente ingreso económico, sino el desarrollo de aptitudes imprescindibles para la vida en sociedad y que exceden la producción de una prenda. El compromiso y la responsabilidad que se establece con la tarea y la satisfacción y el orgullo que provoca una obra bien acabada van más allá de la confección de un poncho.

La denominada “mística docente” como otros rasgos de esta cultura del monte catamarqueño se hace presente al observar los esfuerzos que hacía Juan Bautista Quiroga desde el aislado puesto de Santa Lucía, en tener su biblioteca, sus libros de aprendizaje de francés y la minuciosa cuenta de las ventas de ganado. Estas ventas estaban destinadas a solventar los estudios de su hijo Roberto en la ciudad de San Fernando del Valle de Catamarca. De estas libretas también se desprenden el tipo de ropas en uso, como casimires catamarqueños (barracanes de Santa María), en este caso de aspecto urbano y del transporte en épocas cercanas al primer centenario. Roberto recibiría el prestigioso título de maestro. En 1909 Ricardo Rojas publicó la *Restauración Nacionalista* y a partir de ella el arte indígena será observado por otras ópticas. En su *Silabario del Arte Americano* (1930) subraya la concepción del tiempo intrínseca en los textiles, en los cuales la ausencia de encuadramiento indica una visión abierta, casi infinita y un concepto filosófico del tiempo diferente de la cosmovisión de occidente. A Rojas lo seguirán otros estudiosos del arte. Numerosos intelectuales se propusieron transferir al mundo de la escuela estas nuevas apreciaciones con respecto al patrimonio cultural y aun más, al textil. Fue así como aparecieron revistas con temas indigenistas, como es el caso de *Viracocha*, publicada por Leguizamón Pondal y Gelli Cantilo en Buenos Aires hacia 1923, dirigida a los niños⁹.

Pero la educación mediante el arte textil, especialmente de las mujeres durante todo el período virreinal, fue obra de la Iglesia y de la tradición familiar incluso se continuó o se continúa en toda América Hispana.

⁹ Ramón Gutiérrez y Rodrigo Gutiérrez Viñales. Fuentes Prehispánicas para la conformación de un arte nuevo en América. Pág. 85. En Temas de la Academia Nacional de Bellas Artes, 2000.

Sea para el culto, para la vida familiar de los españoles o criollos, los jóvenes fueron incorporados a las artes del tejido, como era natural en esos tiempos. Congregaciones y conventos actuaron como mediadores entre el patrimonio europeo y las capacidades de las indígenas, luego de las mestizas y de las criollas. Los documentos nos indican que las mujeres de familias españolas de arija – Bolivia – se consideraban en el siglo XVIII habilísimas tintoreras. Es decir que los conocimientos de esas viejas americanas habían hecho de ellas excelentes artesanas de este arte en un modo nuevo. De Cuzco a Córdoba, el arte del algodón como el de la lana va a producir un muestrario, el cual mediante la utilización de patrimonios de ambos mundos ha sobrevivido como *tejido criollo*. Hacia fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX el Obispo Fray José Antonio de San Alberto promovió en Córdoba y en el noroeste argentino el tejido como arte y oficio y a ello se debe que sea recordado por las tejedoras.

La Escuela de Artes y Oficios de Catamarca, creada en 1910, respondía a todas esas tradiciones y a las tensiones de la época. Ella contaba con talleres de carpintería, mecánica, escultura en madera y yeso, talabartería y encuadernación. Dos años más tarde, se crearon los talleres de modelado y dibujo, de cestería y también de alfarería.

Alsina Alcolbert, a fines de 1913, inauguró en Catamarca su taller particular “Tejedurías Calchaquies”, el cual se convirtió rápidamente en proveedor de mantas y otros artículos del Congreso Nacional, de los Ferrocarriles, Casa de Gobierno Provincial y otras reparticiones del Estado junto a los encargos particulares.

Entre tanto, a partir de 1914, la Escuela de Artes y Oficios de Catamarca, contó con un anexo para mujeres, que incluía un taller de tejido en telares, cuya enseñanza duraba cuatro años. El aprendizaje se iniciaba con hilado a lana y a rueca, continuaba con bordado de tapices, seguía con trabajo de alfombras, luego cortinados y, en el último año, se hacía toda clase de tejidos, tanto de estilo antiguo como moderno y hasta gobelinos.

En 1919, a través de un decreto del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública de la Nación, el Ing. Alsina Alcolbert fue designado maestro de tejido en telares de la

Escuela de Artes y Oficios. En 1924, fue nombrado profesor de dibujo en la escuela Profesional de Mujeres y, para 1931, ya era maestro de tejidos en ambos institutos. Cuatro años más tarde, se lo designó profesor de dibujo técnico para tejidos.

Alsina Alcobert trató de popularizar peines e introducir otros elementos que ayudasen a la correcta confección de las piezas. Prueba de lo correcto de sus enseñanzas es que, en la Exposición Nacional de la Industria en Buenos Aires (1920) obtuvo una mención especial. Entre los trabajos que allí se presentaron figuraban toallas de granité, otras de estilo inglés de algodón criollo de varios colores, salidas de teatro realizadas en algodón mercerizado en el taller¹⁰, chales, chalinas, caminos de mesa, carpetitas de Holanda y alfombras de lana criolla en colores teñidos con vegetales. El mismo año en la Exposición Textil llevada a cabo en Catamarca con motivo del Centenario de su autonomía, fue premiado por la invención de telares automáticos adaptados por primera vez al antiguo telar criollo.

El interés de Alsina Alcobert por los materiales textiles hizo también que se preguntase acerca de la existencia de algodón precolombino en Catamarca, especialmente en Piedra Blanca, ya que había advertido ejemplares que crecían espontáneamente. Gran parte de ellos eran de algodón blanco y de color vicuña que, aunque mezclados y ahogados entre otras plantas, tenían un buen desarrollo y su propietaria incluso hilaba y tejía el hilo color vicuña. Otro material en el que también reparó, fue el conocido popularmente como “seda de coyuyo”, “lanita de monte” o “purucha”¹¹. Sin embargo, no alentó la producción de este capullo que él denominaba de bicho canasto, debido a que por ser una oruga polífaga, los pobladores creían que podía perjudicar los algodones, situación que no se da con el gusano de seda, *bombix moris*, que se alimenta exclusivamente de morera. Fue con el apoyo de la Universidad de Tucumán que logró instalar una industria serícola en Catamarca, aunque el precursor en ese emprendimiento había sido Estanislao Maldones. Diversas piezas, algunas de las cuales aún se conservan, demuestran el éxito alcanzado, con esa industria serícola.

El emprendimiento de Alsina Alcobert dio por resultado la Tejeduría Doméstica, una institución que duró hasta 1941 y que benefició a 5.000 familias del noroeste argentino.

¹⁰ Prenda lujosa utilizada por las mujeres en la década del '20 con motivos de l' art déco.

¹¹ Del orden de los lepidópteros, familia saturnidae, género rothschilda especie a definir.

Otra fundación de gran importancia para la cultura catamarqueña fue la creación de la Escuela Regional de Maestros. Esta nucleaba a una juventud inquieta de conocimientos, inteligente, desinteresada, como lo recuerdan las inolvidables páginas de Los Regionales de Fausto Burgos.

Existía en estos grupos una influencia innegable de la Generación del Centenario, cuyo centro era Tucumán. Carlos B. Quiroga cuenta que el centro científico y literario que se formó con el nombre de “Adán Quiroga” reunía a distinguidos estudiantes. Integraron un grupo escritores como Arturo Marasso, Carlos B. Quiroga, Gustavo Levene, César Carrizo, Juan Alfonso Carrizo y Fausto Burgos.

La figura principal del Centenario fue Juan B. Terán y su creación más relevante la fundación en 1912 de la Universidad Nacional de Tucumán. Para todas las Artes Populares y su presencia alrededor de 1910, fue innegable la influencia de lo que se llama la “Generación del Centenario”. La revalorización del Tucumán como elemento dominante de ese pensamiento, no solo se limitaba a la actual provincia de Tucumán. Para Terán, Rouges, Padilla y Lillo, del Tucumán formaban parte Salta, Jujuy, Catamarca y Santiago del Estero. Este sería el corazón de la Nación Argentina y hacia ese fin se orientaron los afanes de todos esos grupos. Si nos atenemos a aquello en que no había casa en la cual no hubiese un telar, el tejido tuvo fuerte presencia. Dentro del grupo de la Generación del Centenario se encontraba Fausto Burgos (1888-1953), que tuvo una actitud destacada en todas las áreas del Folklore. Fue Burgos quien difundió la obra de los peruanos Luis Varcarcel y Uriel García, a quienes dedicó ensayos. Burgos tuvo gran intervención en los festejos de 1910 y décadas después, con su esposa María Elena Catullo, publicó su libro sobre tejidos incaicos y criollos¹².

Ernesto Padilla quien propició muestras y certámenes, no solo en Tucumán sino en todo el Noroeste Argentino, formó un verdadero grupo de apoyo al arte popular. “De su amigo Adán Quiroga, de Lafone Quevedo, de Larrouy, de Ambrosetti, aprendió a valorizar la historia íntima de los pueblos y de los hombres que tenía sus raíces en las pequeñas cosas de la vida cotidiana; veía en las orillas de los ríos el curso del pasado

¹² “Notas para una antropología telúrica de la obra de Fausto Burgos” por Alberto Lagos Freire. En Generación del Centenario y su proyección en el Noroeste Argentino 1900-1950. Ed. Centro Cultural Alberto Rougés. Fundación Miguel Lillo, Tucumán 2003.

porque allí tuvieron su hábitat los indígenas antes de la llegada del español, y en ellas se fundaron las primeras poblaciones blancas”¹³.

Diversas fuentes en el arte textil

Para el Centenario, tenían plena vigencia tres fuentes culturales con respecto a este arte. La primera de ellas era la que ofrecía el monte, algodón castaño y seda silvestre (*rothchildia saturnidae*). La segunda era el gran patrimonio heredado por 5.000 años de cultura andina, entre las que se destaca la gran habilidad hilandera a partir de la riqueza en camélidos. La tercera fue el aporte ibérico en el campo de los tejidos. La lana de oveja reemplaza en parte a los camélidos y aparece una nueva estética de origen europeo.

En cuanto al arte de la talabartería de acuerdo a la tradición oral, los ancasteños, pobladores de los faldeos del este, eran los más hábiles del norte argentino para fabricar petacas de cuero crudo, monturas y todos los elementos relativos a la vida ecuestre.

Rafael Cano relata que estos personajes poseían una gran habilidad para sacar las pieles en forma de bolsas a ciertos animales pequeños, como corzuelas, zorros, gatos y chanchos del monte (jabalíes). De allí que los forasteros solían quedarse embobados al detenerse frente a sus ranchos de quincha de jarilla, y ver estas bolsas colgadas de los tirantes en las cuales conservaban: arroyo, aloja, agua ardiente, y pequeñas chuspas de cuero en la que tenían tabaco picado y chala planchada para armar cigarro¹⁴.

Estas habilidades que transcribió Cano, se mantuvieron hasta avanzado el siglo XX. El manejo de las maderas permitió la fabricación de elementos cotidianos: bateas, estribos, sillas, camas, mangos de hachas, etc. El mobiliario acudía a los tientos como correspondía a un sitio donde la actividad ganadera era importante, sin bien no podía competir con la de la pampa húmeda.

Devociones

¹³ Pág. 494 “La Generación del Centenario y su proyección en el Noroeste Argentino (1900-1950). Actas de las III Jornadas. Tomo II . Ed. Centro Cultural Alberto Rougés. Fundación Miguel Lillo, Tucumán, 2000.

¹⁴ Catamarca del ochocientos. Ed. De Autor. Bs.As. 1961. Rafael Cano . Pág. 51-52.

Dentro de la utilización de las maderas del monte, un lugar especial le corresponde a las tallas religiosas. Los habitantes del este catamarqueño fueron naturalmente devotos y consecuentes con la Evangelización. El culto a la Virgen del Valle, nacido durante las guerras calchaquíes se fue acrecentando con el tiempo. En la campaña las sencillas tallas, objeto de devoción tuvieron permanente presencia. Imágenes de la Virgen o de santos de factura muy simple sirvieron durante siglos para sus devociones. Como señala J.X. Martini, “no se trataba de una búsqueda estética, porque su motivación primordial no era estética”¹⁵ sino el diálogo sencillo y la necesidad de mantener su amparo.

La investigadora Celia Terán acude a las palabras del crítico Achille Benito Oliva que “en suma, el arte encuentra dentro de sí la fuerza para establecer la reserva donde obtener la energía necesaria para construir las imágenes, y las mismas comprendidas imágenes como extensiones de lo imaginario individual que asume un valor objetivo y verificable de la intensidad de la obra. Porque sin intensidad no hay arte”.¹⁶

Este arte popular posee todas esas facetas, es una expresión simple de arte sagrado.

Pasadas varas décadas encontramos en la revista de economía regional de 1965, un relevamiento de la estructura regional de la economía argentina en el que participaron varios investigadores entre ellos Augusto Raúl Cortazar, Bernardo Canal Feijoo, Enrique Palavecino y Delia Millán de Palavecino y Bruno Jacovella entre otros. Este último nos dejó interesantes observaciones acerca de esta cultura del Monte, entre ellas se destaca el espíritu de libertad, la hospitalidad y un gran apego a lo artesanal. Observaciones similares encontramos en el Catálogo de la Primera Exposición representativas de Artesanías Argentinas, llevado a cabo por el Fondo Nacional de las Artes en 1968. Este catálogo exhibe un registro de alfareros, imagineros, artesanos de instrumentos musicales, artesanías de la fibra vegetal, artesanías del cuero, artesanías de la madera, astas y otras, artesanías de los metales, artesanía de la máscara y artesanía del tejido.

¹⁵ Pág. 12. Martini. Celia Terán. Arte y Patrimonio en Tucumán. Siglos XVI y XVII. Ed. Telefónica y Fundación Padilla.

¹⁶ Pág. 14. Martini. Celia Terán. Arte y Patrimonio en Tucumán. Siglos XVI y XVII. Ed. Telefónica y Fundación Padilla.

Desde estos últimos datos al presente, las actividades artesanales han ido cambiando, en cierta forma retomando la vida cotidiana de los inicios del poblamiento. El monte vive del pastoreo de cabras y ovejas y la recolección de frutos silvestres como algarroba, mistol y tuna para la elaboración de arrope. La falta de agua imposibilita un desarrollo sustentable.

Un arte precioso y exótico como es del tejido de seda silvestre que aun existe en los montes de Ancasti, no se puede circunscribir al arte textil, sino a las posibilidades de vida de sus hilanderas y tejedoras. Señalamos que según nuestro conocimiento este es el único sitio en América donde se sigue tejiendo este material¹⁷.

Las artes populares, vigentes en el Centenario aun no se han extinguido y buscan nuevos caminos para no desaparecer.

El rasgo principal de la gente de estos montes es representar un autentico estilo de la vida criolla. El arte de cuero está ligado a la vida ecuestre que fue el nexo de todos estos poblados y cuyo aspecto más importante, es su espíritu de libertad.

Bibliografía

(2000) Actas de las III Jornadas. "La generación del Centenario y su proyección en el Noroeste Argentino (1900-1950)".T.II. Ed. Centro Cultural Alberto Rouges. Fundación Miguel Lillo. Tucumán.

¹⁷ Este tesoro textil ya fue tratado ampliamente en Mujeres de seda y tierra.

Alén Lascano, Luis (1992), Historia de Santiago del Estero, Plus Ultra, Buenos Aires.

Alsina, José (1989), Historia de un pionero de la industria textil. Vida y obra del Ingeniero José Alsina Alcolbert. Editorial Campallán, Catamarca.

Argerich, Federico R. (1995), Crónicas históricas de la minería, artesanía, industrias y comercio en Catamarca. Siglo XIX y primera mitad del siglo XX, Universidad Nacional de Catamarca.

Bazán, Armando R. (1999), Historia Institucional de Catamarca, Editorial Sarquis, Catamarca.

Callet Bois, Ricardo R. (1936) "Un ejemplo de la Industria textil colonial". Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas Dr. Emilio Ravignani. Buenos Aires, año XIV, Buenos Aires, año XIV, T XX.

Cano, Rafael, (1961) Catamarca del ochocientos. Ed del Autor. Bs As.

Carnevali Romeo (1970). "Variación geográfica y origen de gossypium barbadense en Argentina", Boletín de la Sociedad Argentina de Botánica 11, Buenos Aires.

Corcuera, Ruth (1987), Gasas prehispánicas, FECIC, Bs. As.

Corcuera, Ruth (1987), Herencia textil andina. DUPONT, Bs.As.

Corcuera, Ruth (2000), Ponchos de las Tierras del Plata, Fondo Nacional de las Artes. Verstraeten Editores, Buenos Aires.

Corcuera, Ruth (2000), Arte Prehispánico: Creación, Desarrollo y Persistencia en el Arte Textil. Temas de la Academia Nacional de Bellas Artes. Argentina.

Corcuera, Ruth y Dasso, María C. (2001), "Arte y persistencia. Reencuentro con una estética de la alteridad" (mimeo).

Corcuera, Ruth y Dasso, María C. (2001), "Globalización y mujer en: Archideo Lila (ed.) Epistemología de las Ciencias Sociales. La Globalización, SIAFIC, Buenos Aires.

Corcuera, Ruth (2004), "El Arte del Algodón en Catamarca, 1910-1961". Ediciones SIAFIC.

Corcuera, Ruth (2006), "Mujeres de Seda y Tierra" Editorial Argentina.

Corcuera, Ruth y Dasso, María C. (comp.) (2009), "Tramas Criollas", Homenaje a los investigadores Ricardo Nardi y Susana Chertudi. Ediciones SIAFIC.

Correa, Guillermo "Filatura y Telería Indígena", en: Album de la Autonomía de Catamarca. Homenaje en su primer centenario 1821-1921.

Engel, Frederic (1957), "Sites et établissements sans céramiques de la côte Peruvienne", en: Journal de la Société des Americanistes, Nouvelle série, T.XLVI, París.

Gambier, Mariano (1988), La fase cultural Punta del Barro. Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, San Juan.

Gutiérrez, Ramón y Gutiérrez Viñuales, Rodrigo (2000), Fuentes prehispánicas para la conformación de un arte nuevo en América. Temas de la Academia Nacional de Bellas Artes. Argentina.

Guzmán, Gaspar H. (1939), Derroteros Catamarqueños

Guzmán, Gaspar H. (1985), Historia colonial de Catamarca. Editores Milton, Buenos Aires.

Guzmán, Gaspar H. Historia y evolución de nuestras artesanías.

Lago Freire, Alberto (2003), "Notas para una antropología telúrica en la obra de Fausto Burgos". En Generación del centenario y su proyección en el noroeste argentino 1900-1950. Centro Cultural Alberto Rouges. Fundación Miguel Lillo, Tucumán.

Levillier, Roberto (1920), "Gobernación del Tucumán". Papeles de Gobernadores en el siglo XVI, imprenta de Juan Pueyo, Madrid.

Michieli, Catalina (2001), "Textilería de estadio final de la fase Punta del Barro", en: Publicaciones 24 (nueva serie), Universidad Nacional de San Juan, San Juan.

Natural Cotton Colors from the High Jungle of Peru, Cámara de Comercio e Industria Peruano-Alemán, Lima, 1997.

Minutolo, Cristina (1994), Manuel Belgrano precursor de la ecología argentina, en Revista Historia. Año III, nº 52, Buenos Aires.

Minutolo, Cristina (2003), Documentos para la historia del General Manuel Belgrano, T 2. Instituto Nacional Belgraniano, Buenos Aires.

Olmos, Ramón Rosa, Historia de Catamarca. Editorial La Unión, 1957.

Onelli, Clemente (1916), Alfombras-Tapices y Tejidos criollos, Ed. Kraft, Buenos Aires.

Passafari, Clara (1975), Artesanía y Cultura Nacional. Instituto Nacional de Cultura Hispánica. Rosario, Santa Fe.

Perez Gollán, José Antonio (1998), Los señores del jaguar. Catálogo de la exhibición, Museo Etnográfico, Buenos Aires.

Perez Gollán, José Antonio (2000), "Caminos sagrados" en: Catálogo de la exhibición, Caminos sagrados, Are precolombino argentino. Fundación Proa - Banco Velox.

Petty, Miguel (1998). La promoción humana en los medios rurales marginales, San Pablo, Buenos Aires.

Piquini, Alberto (1964) "El cultivo de las plantas útiles" en Parodi Lorenzo R. Enciclopedia Argentina de Agricultura y Jardinería, vol II, Acme, Buenos Aires.

Quiroga, Adán (1992), El calchaquí, Tea, Buenos Aires.

Saravia, Genoveva, "Investigación documental sobre la Escuela de Artes y Oficios y la tejeduría domestica de Catamarca". Reseña de la obra de María Leiva Valdez de Saravia, inédito.

Sánchez Labrador, José (1910), El Paraguay católico, Buenos Aires.

Sánchez Oviedo, Cornelio (1937), Catamarca e las exposiciones, Imprenta Oficial Catamarca.

Schobinger, Juan (1986), "La red de santuarios de alta montaña en el Contisuyo y el Collayasuyo: evaluación general, problemas interpretativos, en: Comechingonia, número especial sobre el Imperio Inca, Córdoba.

Schobinger, Juan (1995), Aconcagua: un enterratorio incaico a 5.300 m de altura, edición del autor, Mendoza.

Terán, Celia (2000) Arte y patrimonio en Tucumán. Siglos XVI y XVII. Ed. Teléfonica y Fundación Padilla.

Villafuerte, Carlos y Machado, Rogelio (1968), Catamarca: camino y tiempo, Casa d e Catamarca, Buenos Aires.

Weinberg, Gregorio (2002), "Belgrano economista y estadista", en: Anales nº 10, Instituto Nacional Belgraniano, Buenos Aires.

(1968) Catálogo de la primera exposición representativa de artesanías argentinas. Fondo Nacional de las Artes.

(1965) Revista de Economía Regional. Publicada por el Consejo Federal de Investigaciones. Año 2.

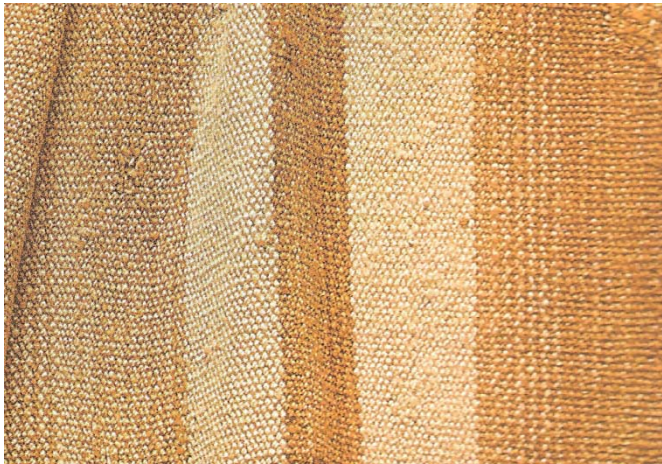


Imagen de cubierta: Manta confeccionada con el capullo de algodón del Palo Borracho. SXIX. Lugar de procedencia: norte argentino. [recorte]. En: Corcuera, Ruth (2000). Ponchos de las Tierras del Plata. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, 2000. p. 91